NOTAS

NOTAS PARA UNA HISTORIA DEL PREJUICIO EN LA ARGENTINA: EL CASO DE LA MIGRACIÓN ULTRAMARINA 1880-1930

*Ángel Cerutti, Cecilia Pita**

Introducción

166 **E**xiste la creencia, que ha devenido mito fundante, de concebir a la Argentina como la configuración perfecta del 'crisol de razas'. Pero este mito, idílicamente pluralista, construido y repetido hasta el cansancio en los manuales de la historia oficial, no es más que un invento que 'la otra historia' se encarga de desmentir.

Desde la conformación de la Argentina moderna a fines del siglo XIX, han existido prejuicios y discriminaciones hacia los indígenas, los migrantes pobres de las provincias del norte del país, y para con los extranjeros –fueran estos de países limítrofes o de ultramar. En efecto,

* Universidad Nacional de Comahue, Argentina.

“...la intolerancia se manifiesta en la vida cotidiana de los argentinos en más de un sentido. Existe la intolerancia que rechaza a las personas de acuerdo al lugar de donde llegaron sus ancestros o ellas mismas, pero también con el color de su piel y su religión”.¹

Prejuicio y discriminación

Los científicos sociales coinciden en conceptualizar el prejuicio como un juicio que se ha construido con anterioridad al proceso que implica reunir, examinar e interpretar información real y objetiva con respecto

¹ Patricia Kolesnicov, “Haga patria, mate un...”, en Revista *Arca del Sur*, Buenos Aires, año 2, n° 8, Abril-Mayo 1993, p. 5.

NOTAS

a una persona, a un grupo de ellas o a una cosa. Esta interpretación es reforzada por pruebas insuficientes, alejadas de la verdad y muchas veces imaginarias. En síntesis, en esta primera aproximación, el prejuicio se presenta como "...un punto de vista no razonable o irracional".²

El prejuicio supone además una actitud, un sentimiento favorable o desfavorable, la atribución de un valor positivo o negativo a personas o cosas. Por lo tanto, se halla presente cierta tendencia que refleja la aceptación o el rechazo hacia los otros.

Así, el prejuicio puede definirse como "una opinión no justificada, de un individuo o grupo, favorable o desfavorable, y que induce a actuar en consonancia con la misma".³

En el caso del presente trabajo huelga aclarar que el objeto del mismo es el estudio del prejuicio negativo; de todas maneras, no está de más precisar que aquellos prejuicios caracterizados como positivos tampoco se corresponden con la verdad, debido a que se basan en construcciones sin fundamento alguno.

Es importante no perder de vista que el prejuicio puede aplicarse a objetos tan dispares como las mujeres, los discapacitados, los enfermos de SIDA, etc. Sin embargo, a los fines de este trabajo, los prejuicios a analizar son aquéllos referidos a grupos étnicos.

Tales prejuicios denotan "...una antipatía que se apoya en una generalización imperfecta e inflexible. Puede sentirse o expresarse. Puede estar dirigida hacia un grupo general, o hacia un individuo por ser miembro del grupo".⁴ En otras palabras, es la "...percepción negativa de grupos humanos diferentes de nosotros".⁵

La enorme variedad en cuanto al grado en que los grupos e individuos albergan prejuicios invalida los intentos de explicar a éstos en función de la naturaleza humana, como si constituyeran constantes universales. A esta consideración se suman las comprobaciones empíricas de la inexistencia de prejuicios en los niños de corta edad y la discrepancia en relación a actitudes discriminatorias, en culturas diferentes, hacia un mismo grupo, por ejemplo, los judíos. Por lo tanto, no es la naturale-

167

² G. Lensky, *The Religious Factor*, 1963, Garden City, New York, Double Day and Co., Inc., p. 74.

³ Otto Klineberg, "Prejuicio", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, 1976, Madrid, Aguilar, vol. 8, p. 423.

⁴ Gordon W. Allport, *La naturaleza del prejuicio*, 1977, Buenos Aires, Eudeba, p. 24.

⁵ Tullio Tentori, *Il Pregiudizio Sociale*, 1962, Roma, Studium, p. 14.

NOTAS

za humana sino el aprendizaje el que ocupa un lugar de máxima importancia en el desarrollo del prejuicio.

En efecto, que una persona o un grupo humano se comporten de un modo determinado y no de otro ante una situación concreta, se halla condicionado por una serie de patrones individuales y sociales que se conocen como conducta. La conducta "...es fruto de un largo aprendizaje. Aprendizaje que se produce constantemente, a lo largo de toda la vida, a través de refuerzos negativos y positivos".⁶ Dicho aprendizaje puede ser prejuicioso o no. La afirmación irracional que sostiene la inevitabilidad del prejuicio carece de fundamento. Por el contrario, es totalmente evitable.

El prejuicio se expresa en un comportamiento discriminatorio. El concepto de discriminación designa un "trato desigual de individuos o de grupos sobre la base de algún atributo, en general de carácter categorial, tal como el origen racial, étnico, religioso o de clase. Por lo general, dicho término se usa con el objeto de describir la acción de una mayoría dominante en relación a una minoría débil implicando, por lo tanto, una conducta inmoral y antide-

mocrática (...). [En ese sentido, la discriminación opera como la negación de fraternidad, solidaridad, libertad e igualdad, haciendo] resaltar el aspecto activo o manifiesto del prejuicio negativo hacia una persona o grupo".⁷

Es importante "...subrayar que en la discriminación social es fundamental el hecho de que la misma se halle incrustada en las estructuras sociales y apoyada por prácticas de grupo, aún cuando viole normas predominantes en la sociedad (...). [La discriminación] es, pues, la persistente aplicación de criterios que resultan arbitrarios, inconvenientes o injustos según los patrones dominantes, con la consecuencia de que unas personas reciben ventajas indebidas y otras, igualmente cualificadas, sufren una sanción injustificada".⁸

La historia del prejuicio y la discriminación está colmada de "intolerancia, codicia, violencia e individualismo posesivo, que se han constituido en herencia histórica de la humanidad",⁹ transmitiéndose de generación en generación. Exis-

⁶ María Angeles Montoya, *Las claves del racismo contemporáneo*, 1994, Madrid, Libertarias/Prodhufo, p. 27.

⁷ G. A. Theodorson y A. G. Theodorson, *Diccionario de Sociología*, 1978, Buenos Aires, Paidós, p. 87.

⁸ J. Milton Yinger, "Discriminación social", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, op. cit., p. 430.

⁹ María Angeles Montoya, op. cit., p. 1.

NOTAS

te una cultura prejuiciosa y discriminatoria difícil de erradicar.

El temor al extranjero en la Argentina prejuiciosa

Para comprender el fenómeno de prejuicio y la discriminación antiextranjera en la Argentina —en el período considerado en este trabajo— lo primero que debe conocerse es el conflicto social existente en la sociedad en donde se origina. Es decir, analizar la relación entre los sectores dominantes y los inmigrantes; y los mecanismos por los cuales el prejuicio antiextranjero se difundió con éxito en la sociedad nacional.

En el período analizado, el peso demográfico de la inmigración ultramarina ha sido calculado en seis millones de personas de diversos orígenes (italianos, españoles, rusos, judíos, franceses, alemanes y sirio-libaneses, entre otros) que se asentaron, en su gran mayoría, en la región más dinámica del país, el litoral argentino.

Dicha inmigración responde al proyecto diseñado por una élite de intelectuales y políticos para organizar y consolidar un Estado Nacional, a partir de un modelo de acumulación basado en la producción y exportación de bienes primarios. Tierra, capital y mano de obra cons-

tituían entonces las variables de los dilemas a resolver.

La inmigración ultramarina constituyó el principal recurso de los sectores dominantes para solucionar el problema de la escasez de mano de obra en el territorio nacional. El fenómeno inmigratorio incrementará notablemente la oferta y demanda de fuerza de trabajo asalariada.

La puesta en práctica de la inmigración como estrategia económica tuvo como correlato la elaboración de un discurso que, sobre la base de la dicotomía ‘civilización o barbarie’ —tan claramente explicitada por Sarmiento— ponderó al elemento extranjero, a la vez que menoscabó y discriminó al autóctono, se tratara del gaucho o del indígena.

El artículo 25 de la Constitución Nacional de 1853 afirma que “el Gobierno Federal fomentará la inmigración europea y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias e introducir las ciencias y las artes”. Resulta fácil observar que la inmigración es vista como una necesidad, en tanto portadora de ‘civilización’ y de ‘progreso’ —valores estimados como de naturaleza europea— frente al estado de ‘atraso’ y ‘barbarie’ de América Latina. Por ello es que la Constitu-

NOTAS

ción se ubica "...en un punto de inflexión de la historia, punto en el cual el país ha renunciado a su pasado y se embarca en la conquista del futuro. El presente de la Constitución discurre en el 'desierto', los espacios vacíos, entre la necesidad de 'poblar' y las figuras fantasmáticas de los anglosajones que deben darle cuerpo".¹⁰

Sin embargo, el 'progreso argentino' no posibilitará el acceso a la propiedad de la tierra a los inmigrantes de ultramar, salvo raras excepciones. En efecto, hacia 1880 el latifundio estaba consolidado en casi la totalidad del país. La burguesía terrateniente se apropió en forma fraudulenta de más de tres millones de hectáreas de las mejores tierras.

La mayoría de los inmigrantes terminarán ubicándose en las ciudades del Litoral—muchos, incluso, retornan a sus países de origen— y viviendo en condiciones infrahumanas, hacinados en conventillos o víctimas de espectaculares negocios realizados mediante el loteo de las tierras situadas en los alrededores de las ciudades. Sin normas urbanísticas reguladoras, son vendidos a precios muy elevados terrenos inservibles para la agricultura o el pasto-

reo, casi sin agua potable y fácilmente inundables.¹¹ Estos acontecimientos darán lugar a la formación de *villas miseria* en el Gran Buenos Aires y en las ciudades de La Plata y Rosario, que todavía hoy constituyen la única ubicación posible para una inmensa cantidad de población. Un testigo de la época deja constancia de la gravedad de la situación al expresar que "el remanso inmigratorio de la capital constituye además una condición excitante de los problemas sociales dolorosos, desde el de la miseria negra hasta el de la formación de la clase de descontentos con ideales pesimistas, de negación, de intranquilidad y de lucha. Ese remanso crea y mantiene un ejército de reserva de los trabajadores, que provoca desequilibrios en la oferta y la demanda de brazos, generadores del malestar proletario. (...)Y, además, el remanso mantiene el negro medio de los desesperados de Europa, los desequilibrados, los impulsivos, los miserables, los ex hombres de Gorki. Hay que recorrer las cercanías del puerto y otros barrios, y penetrar por las viviendas llamadas conventillos y por los centros de promiscuidad, de estrecheces y mugre,

¹⁰ Maristella Svampa, *El dilema argentino: civilización o barbarie*, 1994, Buenos Aires, El cielo por asalto, p. 41.

¹¹ Enrique S. Inda, "La vivienda obrera en la formación del Gran Buenos Aires (1890-1940)", en *Todo es Historia*, Buenos Aires, febrero 1992, n° 296, p. 71-3.

NOTAS

para formarse idea de la nota ploviz que sombreja las grandezas de la capital del Plata".¹²

La presencia de los contingentes humanos de allende los mares modificará rápidamente los universos socioculturales vigentes hasta su arribo; es decir, aquellos que responden a formas en donde la tradicional y patriarcal existencia se reproduce casi desde la época misma de la colonia, generando una visión de 'campanario' conforme al espíritu de gran aldea. Casi de golpe, el edificio del 'campanario' entró en crisis y las culturas de los inmigrantes trastocaron la forma de vida anterior. El mundo de las tradiciones 'criollas' se sintió violado, invadido por 'intrusos' sospechosos, y el odio al extranjero no tardó en aparecer.

Si se tiene en cuenta que la inmigración ultramarina en Argentina superó incluso las proporciones de la que arribó a Estados Unidos, representando durante setenta años el setenta por ciento de la población de la ciudad de Buenos Aires y casi la mitad en las provincias más impor-

tantes, puede interpretarse el pánico que habrá experimentado buena parte de la población nativa ante la inminente amenaza de 'deterioro' de sus costumbres, idioma e instituciones seculares. De este modo, "...el inmigrante se transforma en un indeseado: huele mal, se viste raro, porta una cultura ajena, tiene costumbres poco higiénicas, un acento ininteligible y así sucesivamente".¹³

Es así que la visión idílica del inmigrante empieza a cambiar a fines de siglo. Da fe de ello la reinterpretación del ya citado artículo 25, el cual ya no será utilizado para fomentar indiscriminadamente la inmigración sino para restringirla, quedando a salvo solamente aquéllos considerados 'laboriosos' y 'cultos',

Si en un principio predominó el motivo económico para la aceptación del inmigrante, en cuanto éste invade el espacio físico, lingüístico y político, comienza a ser percibido con temor, como alguien 'peligroso' y el grupo gobernante experimentará "recelo en un comienzo que se transformará en odio cuando la presencia del extranjero amenaza resquebrajar la pirámide social construida por esa minoría detentadora del poder político y económico de la nación. Rechazo del inmigrante que no se ha

¹² Adolfo Posada, "La República Argentina, impresiones y comentarios", 1912, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, p. 73; citado en Luis María Caterina, *La Liga Patriótica Argentina*. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del '20, Buenos Aires, Corregidor, 1995, p. 23.

¹³ Christian Ferrer, "Los intrusos. Frontera y cicatriz", en *Nueva sociedad*, 1993, Caracas, n° 127, p. 61.

NOTAS

nacionalizado porque, salvo el derecho político, puede gozar de todos los demás que usufructúa el nativo; y que no demuestra interés por el primero porque sabe que, como a la mayoría del pueblo argentino, se le impedirá ejercerlo. Y cuando decide integrar agrupaciones, ya sean gremiales como políticas, en este caso el Partido Socialista, sentirá cómo la acción de éstas será reprimida por la violencia o burlada por el fraude".¹⁴

Esta actitud de rechazo era incluso compartida por quienes habían sostenido el proyecto de la inmigración europea y ahora renegaban de ella debido a su origen, a su escasa asimilación y aún más a la débil aceptación del 'orden' impuesto por la oligarquía. Al respecto, afirma Sarmiento que "creciendo y expandiéndonos conseguiremos, si no lo hemos hecho ya, una Torre de Babel en América, cuyos trabajadores hablen en todas las lenguas, sin unirse en la tarea de construir, sino persistiendo en aquello que le es propio a cada uno (...). No se construye una Patria sin el patriotismo como cemento, así como no se puede construir una ciudad sin ciudadanos".¹⁵

¹⁴ José Panettieri, *Inmigración en la Argentina*, 1970, Buenos Aires, Macchi, p. 130-1.

¹⁵ Citado por Paul Everett Brown, *Ideological Origins of Modern Argentine*

El inmigrante 'imaginario' anglosajón deviene en el inmigrante 'real' latino, peligroso, ligado al desorden. En torno a él se configura "el tema de la nueva barbarie [que] manifiesta un sentimiento de desagregación, el miedo de una burguesía que se siente contestada por aquellos que ella esperaba fuesen sus aliados. Ella se ve amenazada por la llegada de unos hombres que se siente incapaz de controlar. El *shock* fue brutal. El proceso de 'organización nacional' apenas estaba terminado y ya la sociedad parecía desestructurarse nuevamente".¹⁶ La ciudad que hasta ayer nomás había sido una gran aldea de estirpe criolla, es transformada por el conventillo, el buhonero y los huelguistas influenciados por el anarquismo y el socialismo.

El extranjero aparece como la síntesis de todos los males. Frente a él se tomaba necesario para el sector dirigente llevar a cabo una misión patriótica que uniera a los argentinos nativos en una 'cruzada de argentinización'. El peligro de una revolución social, que para algunos parecía posible en los albores del siglo, era percibido como inmediato hacia 1920.

Por consiguiente, la 'nueva barbarie' impulsará a la élite nacionalista

Nationalism, 1975, Ph. D. diss., Claremont Graduate School, p. 229.

¹⁶ Maristella Svampa, *op. cit.*, p. 80.

NOTAS

a desarrollar un proyecto de producción simbólica (la cultura como campo de batalla) homogeneizadora de la diversidad cultural, a través de la escuela pública y del Servicio Militar Obligatorio, que servirán para ‘argentinizarse’ y disciplinar a los extranjeros y para reafirmar la idea de nación en los nativos.

Con la Ley (1420) de Educación Común promulgada en 1884 se estableció una educación para el desarrollo liberal y universalista, tal como la había proyectado Sarmiento. A partir de 1900 tuvo lugar un debate acerca del modelo educativo a seguir. Sin embargo, “ya hacia 1908, la postura autoritaria se había impuesto bajo la forma de los programas de educación patriótica con que ese año se empezó a experimentar. Ese año fue un hito crucial para la historia de la educación y la misma cultura argentina: aunque no se lo reconociera explícitamente, el espíritu a la vez liberal y desarrollista que había inspirado la Ley 1420 quedó sepultado, y la educación se dirigió a objetivos que ya no eran los de apuntalar el progreso, y fomentó un espíritu dogmático y autoritario”.¹⁷

Fue Joaquín V. González, funcionario múltiple durante este período,

quien construyó el armazón de esta corriente de pensamiento nacionalista en lo educativo que adoctrinará a la población en un argentinismo retórico, vacío de contenido. En el transcurso de la gestión de José María Ramos Mejía como presidente del Consejo Nacional de Educación se instaura la ‘educación patriótica’. Todas las materias de estudio deberán imprimir un carácter nacional y patriótico al conocimiento.

El miedo a la revolución social y a la pérdida de las tradiciones criollas impulsaron a la clase dirigente a crear, desde la educación, el mito de la Nación Argentina. Los mismos temores rondaron la preocupación por la existencia de escuelas de colonias extranjeras, sobre todo las pertenecientes a las judías de la provincia de Entre Ríos. En relación a ellas se definirá una política de uniformidad y homogeneización y, claro está, antipluralista, intolerante y antisemita, argumentando que “...es denigrante, es depresivo para nosotros que haya escuelas en el país en las que la enseñanza que reciben los niños argentinos sea exclusivamente extranjera. Es urgente y de alta política nacional el poner remedio a este deplorable estado de cosas. Necesario es que aquellos colonos entiendan una vez por todas que están en la República Argentina, al amparo de sus instituciones y de la libe-

¹⁷ Carlos Escude, *El fracaso del proyecto argentino*, 1990, Buenos Aires, Educación e Ideología, Tesis, p. XXII.

NOTAS

ralidad de sus leyes, y que sus hijos, aquí nacidos, no son rusos, alemanes ni hebreos sino argentinos (...). Es ilusorio pretender difundir el patriotismo entre aquellas gentes, si antes no formamos ambiente nacional en sus escuelas”.¹⁸ Acto seguido a este informe fue la instrumentación de medidas tales como la imposición de maestros argentinos, programas oficiales, retratos de próceres argentinos y seis visitas anuales —como mínimo— de inspectores a escuelas rusas y judías.

La instauración del Servicio Militar Obligatorio en 1901 responde también al mismo esfuerzo de homogeneización cultural llevado a cabo por los sectores dominantes, a fin de paliar el ‘caos’ que representaba la gran afluencia de extranjeros. En el marco de los debates que tuvieron lugar previamente a la promulgación de la Ley, un diputado afirmará con meridiana claridad que “...la conscripción es el ‘ejército del sufragio universal’ (...). En la realidad, los ciudadanos argentinos serían soldados antes de ser verdadera y libremente electores, lo que tendría consecuencias políticas directas: no en el sentido señalado a veces, de una preeminencia de las instituciones militares sobre las instituciones políticas representativas por el simple

hecho de la cronología, sino porque el ejército de la conscripción estaría encargado de moldear la mentalidad de los futuros electores (...).

El servicio militar por la remoción social y la disciplina, neutraliza los virus de disolución social que vinieron del viejo mundo. El ejército, que supo anteriormente doblegar al gaucho, en adelante tiene como objetivo ‘argentinar’ al ‘gringo’ y formar al ‘argentino’”.¹⁹

Los ‘inadaptados’, perturbadores de este orden y cuyo nacimiento no se registre en la Argentina, serán castigados con la Ley de Residencia promulgada en 1902 que los expulsará del país. La Ley de Defensa Social promulgada en 1910, enviará a los fríos calabozos de la cárcel de Ushuaia a muchos ‘díscolos’ seguidores —nativos y extranjeros— de las ideas de Bakunin y Marx.

Esto no impide, sin embargo, que cuando está en peligro o simplemente en duda la propiedad y el poder de los que tienen todo, opere además una organización paramilitar: la Liga Patriótica Argentina. Surgida luego de la represión desatada contra los obreros en la Semana Trágica de 1919, se trata de una “...organización nacional de verdaderos *fasci di*

¹⁸ Carlos Escude, *op. cit.*, p. 54.

¹⁹ Alain Roquie, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, t. I, p. 83.

NOTAS

combattimento (...) [creada] para inculcar sentimientos nacionalistas en las masas, romper huelgas, atacar locales sindicales..."²⁰ y efectuar persecuciones.

En todo el territorio nacional se organizan entidades similares o delegaciones de la institución fundada en Buenos Aires. Orientada hacia ideas conservadoras, la Liga reunía sectores de las Fuerzas Armadas, de la Iglesia Católica y de partidos políticos contra un enemigo común: el inmigrante. Tal unidad "...accidentalmente lograda a consecuencia de las fatídicas jornadas de enero, debía ser preservada, ante la eventualidad que se repitieran los episodios vividos, y para atacar las causas profundas de la misma. No andaba del todo descaminada *La Protesta*, cuando consideró a la Liga, una 'reacción preventiva'²¹ frente al temido fantasma de la revolución social.

Las actividades de la Liga prácticamente no fueron obstaculizadas por los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. El temor era más fuerte que los medios violentos e ilegales empleados por ella y bastaba para justificarlos. En 1919 la Liga Patrióti-

ca concentraba sus chivos emisarios entre los grupos periféricos (judíos, anarquistas y 'maximalistas'). Hacia 1921 ya se había vuelto explícitamente antiobrera.

La inmigración será un tema recurrente en el pensamiento nacionalista que comienza a formularse desde fines del siglo pasado y en los albores de éste. Las usinas de este 'nacionalismo patológico'²² deben buscarse en las ideas conservadoras, por entonces en boga en Europa, que circulaban como reacción frente al liberalismo, al comunismo y al sindicalismo. Intelectuales 'orgánicos' de las élites tradicionales de la Argentina difundirán estas ideas, que van a ser aceptadas con premura por terratenientes del interior, sectores medios católicos y fracciones del ejército y de la Iglesia. Las primeras manifestaciones "...aparecieron en la década de 1880 en el curso de los conflictos sobre la educación estatal. Una segunda fase tuvo lugar entre 1910 y 1920, durante los conflictos en torno de la inmigración y el movimiento obrero. Más tarde, [los nacionalistas] jugaron un rol importante en los mayores acontecimientos políticos del siglo XX: a

175

²⁰ Carlos M. Tur Donati, "Crisis social, xenofobia y nacionalismo en Argentina, 1919", en *Cuadernos Americanos*, 1993, México, XII, p. 62.

²¹ Luis María Caterina, *op. cit.*, 32.

²² Término acuñado por Carlos Escude, *Patología del nacionalismo. El caso argentino*, 1987, Buenos Aires, Instituto Di Tella, Tesis.

NOTAS

finés de la década de 1920, cuando la democracia popular se precipitaba hacia el colapso...”²³

Los nacionalistas exaltaban el pasado muerto, irreal, del gaucho legendario (que habiendo sido eliminado por la economía y por las armas de los mismos terratenientes, aparecía ahora como una figura romántica y no conflictiva) y de la vida campirana, en contraposición a la urbana convertida en una Torre de Babel por la inmigración. Conforme a este discurso “...hacían gala de su xenofobia, antisemitismo y antimasonismo refiriéndose a sus enemigos como un pantano o ‘ciénaga pestilente’ (...). Los extranjeros contaminaban la esencia nacional y ensuciaban su tradición: ‘limpiemos al país de esa basura bulliciosa que es la resaca del extranjero, urgía Lugones”²⁴

La presencia del extranjero era vista como una amenaza hacia el espíritu católico de los pueblos latinos, debido al ‘paganismo’, ‘materialismo’ y ‘cosmopolitismo’ de tantos ‘intrusos’. El racismo también estará presente en el lenguaje chauvinista que circula en las salas y antesalas del poder, en donde los inmigrantes se-

rán considerados como “...agentes que determinan por su heterogeneidad y desarraigo la corrupción física y moral. De este planteo surge nuevamente la figura representativa del advenedizo que provoca alarma por la facilidad con que es admitido en los altos círculos donde producirá el inevitable mestizaje, la disolución física de la raza...”²⁵

De este modo, se elaboran y difunden desde el pensamiento nacionalista estereotipos de los inmigrantes, es decir, generalizaciones distorsionadas sobre estos grupos, desfavorables, exageradas y extremadamente simplificadas. Sobresalen en ellos atributos negativos como la avaricia, la ignorancia, el atraso, la grosería, la mentira, la corrupción, la brutalidad. Ellos dan lugar a motes peyorativos: ‘gringo’, ‘bachicha’ y ‘nápole’ para los italianos; ‘gallego’ para los españoles; ‘turco’ a los árabes; ‘moishe’ a los judíos. El antisemitismo, por ejemplo, alcanzó feroces niveles de agresividad y violencia en el discurso y en las prácticas discriminatorias, tanto que llevará al autor de un informe sobre colonias extranjeras a decir de ellos que son “desaseados, desgredados, predomina el perfil aguileño y la luenga barba, y la mayor

²³ David Rock, *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, 1993, Buenos Aires, Ariel, p. 19.

²⁴ *Ibid.*, p. 41.

²⁵ Gladys S. Onega, *La inmigración en la literatura argentina, 1880-1910*, 1969, Buenos Aires, Galerna, p. 111.

NOTAS

parte poseen un color amarillo y un rostro tan antiguo como si tuviesen realmente dos mil años. Creéis que son los mismos que crucificaron a Cristo, moralmente son unos *shylocks* y bajo el punto de vista social aparecen en las poblaciones como una peste...”.²⁶ Estos elementos constituyen el *leit-motiv* del nacionalismo patológico tan presente en el pensamiento conservador xenófobo del período.

La inmigración ultramarina tuvo directa relación con la formulación de un discurso nacionalista reflejado en la literatura, el periodismo y la educación de la época. Pero la percepción negativa de los inmigrantes; y el trato desigual hacia ellos no constituyó una cuestión privativa de la inmigración de ultramar. El discurso nacionalista acompañó también a situaciones de prejuicio y discriminación que afectaron a migrantes de países limítrofes o del interior del país.

A modo de conclusión

La formación de una cultura prejuiciosa en la Argentina ha tenido lugar paralelamente a la construcción del Estado Nacional, que supuso una dinámica por demás compleja de aceptación-rechazo del inmigrante en la sociedad nacional. Sobre todo porque la construcción de la nación en cuanto sentido de pertenencia a una comunidad fue impulsada —no sin dificultad— por los sectores dominantes, mediante una tarea de homogeneización cultural a través de las instituciones ya mencionadas, que difundieron el ‘miedo al extranjero’, invasor y enemigo de la población nativa. En realidad, sí, el extranjero fue invasor y enemigo, pero de las pautas de ordenamiento espacial, sociocultural, económico y político impuestas por los grupos de poder en los ámbitos nacional, regional y local.

177

²⁶ Informe de Arthur Reynal O'Connor sobre colonias agrícolas extranjeras publicado por la *Revista Nacional* en 1902; citado en Alberto Liamgot, “Venturas y desventuras de la inmigración judía”, en *Todo es Historia*, op. cit., p. 62.